

EL LATIN JAZZ Y LA CULTURA HISPANOUNIDENSE

ANTONIO PAMIES¹

Al margen de sus (muchos) méritos propios, cabe sospechar que si el español se ha convertido en la segunda lengua internacional, es también porque antes logró serlo dentro del país que había impuesto la suya como la primera en todo el mundo. Al finalizar la guerra, EEUU era la primera potencia mundial –para bien y para mal– en lo militar, lo económico y lo cultural, y la emigración masiva desde América Latina hacia EEUU fue y sigue siendo una consecuencia más de esta lógica colonial. Sin embargo, sus colosales dimensiones llevaron a la paradoja de que una cultura al principio periférica aprovechó la poderosa y constante irradiación desde Norteamérica hacia el resto del planeta para exportarse también desde la metrópoli, a la vez que, dentro del país, surgía una comunidad que rivalizaría con la anglosajona, dando paso a una nueva cultura mixta, la *hispanounidense*, cada vez más específica también con respecto a la de sus países de origen.

Uno de los ámbitos más representativos de esta tendencia es la música, donde, desde los años 40 sobre todo, se produjo un creciente acercamiento entre el jazz norteamericano y la música afroamericana de toda la orilla del Caribe hispano, y también de Brasil, mezclando

¹ Docente e investigador en la Universidad de Granada con numerosos artículos y capítulos sobre temas lingüísticos. Es coautor de libros como *Arte del Insulto* (1998, 2014), *Diccionario del Insulto* (2000) o *El Lenguaje de los enfermos* (2005). En los últimos años ha investigado la relación entre lengua y cultura a través del lenguaje figurado con especial énfasis en la relación entre ritmo y lenguaje. Es miembro correspondiente de la ANLE y presidente honorífico de la Sociedad Italiana de Fraseología.

géneros y culturas que compartían con el jazz su origen sincrético, una música híbrida que llevaría el (no menos paradójico) nombre de *Latin Jazz*. Constituye un género en gran parte autóctono de EEUU, pese a los fenómenos de “ida y vuelta” que haya sufrido ocasionalmente, por lo que representa muy bien la identidad de la emergente cultura hispanounidense, incluso mejor que la lengua, cuya evolución es por definición más lenta, a la vez que se ha integrado en el lenguaje universal del jazz.

No es este el lugar para contar su nacimiento y evolución, ni la historia de sus gloriosos fundadores (Chano Pozo, Juan Tizol, Machito, Mario Bauzá, “Chocolate” Armenteros, Chico O’Farrill, Bebo Valdés, Cachao, Mongo Santamaría, Patato Valdés, Tito Puente, Tom Jobim, Moacyr Santos, Astor Piazzola, entre otros), que contaron con la inestimable ayuda que les prestaron entonces Charlie Parker, Dizzy Gillespie, Stan Kenton o David Amram. Para los detalles musicales, el lector puede remitirse a las obras de John Storm Roberts, *Latin jazz* (New York 1999), Isabelle Leymarie, *Cuban fire: the story of salsa and Latin jazz* (New York 2002), Luc Delannoy, *Carambola, vidas en el jazz latino* (México 2005) o, sin ir más lejos, a las dos maravillosas películas de Fernando Trueba: *Calle 54* (2000) y *Chico y Rita* (2010). Lo que nos gustaría manifestar aquí es su importantísima dimensión etno-sociológica, como seña identitaria de una realidad cultural emergente, propiamente estadounidense al mismo tiempo que panamericana.

Muchos artistas del *latin jazz* de segunda generación llegaron en posteriores oleadas migratorias desde toda Latinoamérica, pero otros muchos nacieron en EEUU, como Eddie Palmieri, Hilton Ruiz, Willie Colón, Ray Barretto, Johnny Pacheco, Dave Valentin, o Jerry González. Esta corriente implica un fenómeno cultural específico, pero al mismo tiempo tremendamente integrador no solo con respecto a la cultura “autóctona”, sino con respecto a las diferentes culturas de inmigración que se reconectan entre ellas. Con el jazz norteamericano como cemento aglutinador, ha cuajado la música cubana de Chucho Valdés, Paquito d’Rivera, Ignacio Berroa, Gonzalo Rubalcaba, Horacio Hernández “el Negro” o Tata Güines, con la de los panameños Danilo Pérez, Rubén Blades, del dominicano Michel Camilo, de los portorriqueños David Sánchez, Giovanni Hidalgo, Enrique “Papo” Lucca, Héctor Lavoe, Pete “Conde” Rodríguez, de los argentinos Roberto “Fats Fernández”, Óscar Alemán, Leandro “Gato” Barbieri, Lalo Schiffrin, de los peruanos Alex Acuña, Óscar Stagnaro, o de

los brasileños Hermeto Pascoal, Tania María o Eliane Elias... aunque, en ocasiones, el *Latin jazz* también se benefició de un fenómeno de retroalimentación, renovando su sangre hispanocaribeña desde Cuba y Puerto Rico, siendo sin duda los mejores ejemplos los de la Fania All Stars, nacida en Nueva York en 1968, donde juntaría a 50.000 espectadores en un concierto histórico el estadio de los *Yankees*, o de la legendaria orquesta cubana *Irakere*.

Fundada en plena era castrista, cuando el jazz había sido puesto bajo sospecha por el mismísimo “Che” Guevara (que lo tildó de *música imperialista*), el pianista Jesús “Chucho” Valdés (hijo del gran Bebo Valdés, por entonces huido a Suecia) se rodeó de jóvenes virtuosos –entre ellos el trompetista Arturo “Turi” Sandoval o el saxofonista Paquito d’Rivera, hoy ambos residentes en EEUU– con quienes fundó el proyecto *Irakere* (palabra africana que significa “madera”), que logró recrear –desde la modernidad– la fusión entre el jazz contemporáneo (que en los 70 ya era particularmente ecléctico) y las tradiciones musicales que dieron lugar a los géneros cubanos, desde el rezo yoruba hasta la música clásica europea. Este grupo, tremendamente innovador, rivalizaba en talento y creatividad con los mejores *jazzmen* de EEUU, y alcanzó gran fama internacional pese a que sus discos se distribuían solo en Cuba, y a que sus giras internacionales se limitaban sobre todo a los países del bloque soviético.

El saxofonista-clarinetista, Paquito d’Rivera, tras fugarse en Madrid a principio de los 80, logró instalarse en New Jersey, donde reside desde entonces. Desde allí, recorrió el mundo entero, y continuó una labor que había de ser absolutamente decisiva no solo para el *Latin jazz* sino para la música en general, desarrollando su peculiar visión panamericana que lo llevó a redescubrir y visitar en clave jazzera las obras de numerosos compositores venezolanos, colombianos, portorriqueños, brasileños, cubanos, uruguayos, argentinos y mejicanos, integrando por primera vez instrumentos como el arpa paraguaya o el charango andino en formaciones jazzísticas, y formando combos y *big bands* donde se mezclaban músicos de toda Hispanoamérica y de Estados Unidos (amén de colaboraciones con algún que otro artista *galifardo*). El *Paq-man*, que a los 19 años ya era primer clarinete de la Orquesta Sinfónica Nacional de Cuba, encarna también el “sueño americano” en la medida en que su dolorosa condición de exiliado no le impidió llegar a lo más alto, cosechando siete premios Grammy, la Medalla Nacional de las Artes de EEUU y dos doctorados *Honoris*

Causa (Boston y Alcalá de Henares), un éxito que rara vez se obtiene en el mundo del jazz. Su considerable discografía es por sí sola un riquísimo muestrario del género entero.

Otro elemento que contribuye a hacer de Paquito d’Rivera un ejemplo altamente representativo de la cultura hispanounidense, es su faceta de escritor, ya que también es autor de varios libros escritos en español y publicados en EEUU. En *Mi vida saxual* (2000) contaba sus aventuras y desventuras incluidas su fuga y exilio en clave humorística. La novela *Oh! La Habana* (2004) recrea bajo apariencias surrealistas una Habana que ya no existe. Su tercer libro *Ser o no ser es esta la Jodienda: paisajes y retratos* (Miami 2010) recoge diversas anécdotas ajenas y autobiográficas de su juventud y de sus innumerables viajes por el mundo. En ellas, más allá del humor y del drama, logra plasmar su propia visión del mundo, un mundo a la vez maravilloso y absurdo, enloquecido sobre todo por culpa de quienes no aman la música, o incluso ni reparan en su existencia. Es especialmente asombrosa y cautivadora la historia de cómo fue medio secuestrado por la policía secreta, creyendo que lo detenían porque había comprado un trozo de carne en el mercado negro (y que ocultaba dentro del saxofón), cuando resultó que adonde lo llevaban con tanto misterio era a tocar por primera vez con Stan Getz y Dizzy Gillespie, que había reclamado su presencia al llegar a la Habana. Hay escritores que se convirtieron en exiliados y exiliados se convirtieron en escritores, lo cual parece insinuar una fatal relación de causa-efecto entre ambos fenómenos, hasta el punto de que de esta maldición no se salvan ni los músicos. Estos, viajeros por definición, encarnan mejor que nadie el ansia de una tierra prometida universal, de la que el *Latin jazz* es un buen ejemplo, y gracias a relatos como estos podemos conocer mejor los entresijos del rico, complejo y contradictorio caldo de cultivo que, desde los cocoteros de Varadero a las brumas de New Jersey, engendró una espiral de ritmos y melodías que siguen dando forma, concreta, viva y dinámica, a eso aparentemente tan pomposo y retórico que llamamos *hispanidad*.